# José Pablo Feinmann CICOTISTIC Filosofía política de una obstinación argentina

18 Eva Perón, "Mi mensaje"



### "¡PERÓN... Y ASUNTO ARREGLAO!"

o podemos completar el cuadro de los propagandistas o los escribas del peronismo sin una referencia a un personaje poco conocido, para nada recordado, pero relevante en el armado conceptual, siempre agresivo del movimiento. Era un gobierno que usaba, para sus fines, todo lo que tenía a mano, todo lo que navegaba en la dirección de sus vientos. Algunos, incluso, creaban esos vientos. Siguiendo siempre los de Perón, el huracán que agitaba las aguas. Esos propagandistas dispusieron de los medios de comunicación para expresar un ideario con el que el justicialismo coincidía en totalidad o disentía a lo sumo en matices, a los cuales agregaba, en una actitud muy de Perón, otros matices de otros conversadores mediáticos o "escritores obedientes", que son la negación del escritor, pero que siempre sirven a los regímenes de turno. He empleado la palabra régimen con relación al peronismo. Creo que sería arduo desmentirla. Con admirable velocidad y con escasas vacilaciones, el primer peronismo organizó el país a su imagen y semejanza. No hubo un lugar en que su presencia no se hiciera sentir. Esta omnipresencia se unía al silenciamiento de toda voz disidente. Lo que finalmente dibujaba la fisonomía de un régimen, de un sistema político ampliamente abarcativo, que imponía su visión del mundo en todos los ámbitos y, a la vez, en todos ellos silenciaba la de los otros. El peronismo, en lo cultural, en lo universitario, en lo mediático, fue claramente autoritario. Para los jóvenes de los setenta éste era uno de sus rostros más claramente revolucionarios. Se había atrevido a silenciar a la oligarquía. Recuerdo la sorpresa o ironía de algunos jóvenes de los '80 cuando uno les informaba que en los '70 (irritantes para ellos), al discutir con el antiperonismo de izquierda, se utilizaba el cierre de La Prensa como un elemento sin duda revolucionario del primer peronismo. "¿No ven? Cerró el diario de la oligarquía."

Tal como -es absolutamente cierto- la oligarquía había silenciado siempre a sus adversarios, que apenas si tenían medios para sacar un pasquín, y, si lo sacaban, la policía de Ramón Falcón o del hijo de Leopoldo Lugones, con esa picana cuya invención le pertenece, tomaba cartas en el asunto. La democracia no era un asunto argentino. Zoilo Laguna, a quien soy el único que cita, tiene un folleto (que, aquí está el misterio, también tal vez sea yo el único que lo tiene) cuyo nombre es Se vienen las votaciones. Y habla de lo que el pasado era para los pobres. Habla de la palabra Libertad con la que tanto se llena la boca el liberalismo oligárquico: "¡Libertá!/ Si habrán hablao d'ella en otras ocasiones/ ganando las elesiones a garrotazo pelao/ libertá de andar tirao/ sin techo pan ni trabajo/ Ésa era pa'los de abajo la libertá/ del pasao". Y Laguna decía qué era lo que había que hacer en las votaciones que se advenían, las de febrero del '46: "Sin asco a darle cruazo/ que en esta tierra el destino/ tiene ya un nombre argentino/ ¡Perón... y asunto arreglao!" Asoma aquí esa faceta fundamental del pueblo peronista. La que dijimos: las cosas bajan desde la conducción. El pueblo las recibe con alegría. Pero no es formado ni para defenderlas ni para luchar por ellas. Esa tarea se deposita en Perón. Zoilo Laguna lo dice: "¡Perón... y asunto arreglao!" Siempre fue así: "¡Perón... y asunto arreglao!" Hasta que no alcanzó. Hasta que Perón se fue y el asunto ya no tuvo arreglo. En el momento de entrar a analizar la sombría figura del padre Virgilio Filippo –es de él de quien empezamos a hablar- retorno sobre algo: esa picana eléctrica que todos esos libros gorilo-periodísticos se abisman en ubicar en las manos de los hermanos Cardozo o el Comisario Lombilla la inventó -como muy bien se sabe, por otra parte- el hijo del poeta Lugones. Una relación interesante entre este padre y este hijo. En 1924, en Lima, celebrando el centenario de la batalla de Ayacucho, que culminó la liberación de América latina bajo la espada, bajo la conducción del glorioso Mariscal Sucre, una de las figuras más puras de nuestra independencia, asesinado vilmente, cuando volvía casi sin custodia, para su casa por los enemigos de la unidad latinoamericana, Leopoldo Lugones dijo su célebre discurso: "Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada". Y aquí, en Buenos Aires, en tanto su padre desenvainaba la espada en Lima, el hijo ideaba su propia espada, la picana eléctrica "para bien del mundo". Lugones (hijo) no justifica a los Lombilla o a los Cardozo, pero no se hagan los distraídos: son muy pocos los horrores argentinos no inventados por el eterno poder de la oligarquía o las masacres llevadas a cabo por ese mismo poder e insuperadas por las famosas "tiranías".

### VIRGILIO FILIPPO: EL REINADO DE SATANÁS

Pero tenemos que detenernos en la figura del Padre Virgilio Filippo. Eva Perón murió con la cercanía de dos clérigos. Uno, el fascista Filippo. El otro, Hernán Benítez, que, en los setenta, habría de salir a pedirle a Perón que no desautorizara a la guerrilla. Cierta tarde lo fuimos a ver con algunos compañeros de *Envido* y nos largó una larga parrafada sobre la cuestión: si Perón le hacía caso a la dictadura de Lanusse y desautorizaba a la guerrilla, estaba liquidado. Filippo, otra cosa. Era fascista,

pero en serio: fascista, fascista. Y era peronista. Y peor: Perón, a poco de asumir su gobierno, en 1946, lo nombra... ¡Adjunto Eclesiástico a la Presidencia de la Nación! Entre tanto, los muchachos de FORJA, los Scalabrini, los Jauretche, los Manzi o el más que talentoso, probablemente genial, autor del Adán Buenosayres, no eran convocados. Perón elegía escritores, intelectuales cortesanos. A los otros, les desconfiaba. Después de todo, con él, para pensar, ya nada más se requería. Marechal languidecía en puestos no deleznables pero poco eficaces del ámbito educativo. La Universidad era tierra tomada por Santo Tomás, por las esencias, por el catolicismo ultramontano y los grupos falangistas. No es posible evitar a Virgilio Filippo. Además sería incorrecto. Que lo haga un peronista que quiere contar la historia rosa de su movimiento, vaya y pase. Pero se equivoca: una historia, aunque uno esté con una parte de su corazón puesta en ella, se cuenta con sus luces y sus sombras. Hay un riesgo. Todo relato es un viaje. Al final es posible que seamos otros. O se acepta ese riesgo o uno no se mete en el relato.

Horacio González da en el clavo cuando detecta la pasión de lo conspirativo como eso que consituía a Filippo: "No creo ser inexacto si digo que Filippo actuó lunáticamente y que en su papel de exaltado guerrero de la fe había en él algo de 'crasa teología absurda' tal como el cineasta Glauber Rocha llegó a ver en el militante católico brasilero Gustavo Corcão (...) Su especialidad era la denuncia de la gran conspiración y sus reclamos de represión hasta podrían ser un añadido baladí en la providencialista tarea del cruzado. Ciertamente, el cura de Belgrano fue un hombre prolífico y combatiente, atrabiliario maestro conspirador y a la vez caprichoso detector de conspiraciones" (Horacio González, Filosofía de la conspiración, marxistas, peronistas y carbonarios, Colihue, Buenos Aires, 2004, p. 156). ¿Cómo no habría de encontrar un tipo como Filippo, que estaba un poco loco, por decirlo claro, pero lo estaba de un modo peligroso, es decir, lo estaba para los demás, una conspiración feroz en el comunismo internacional?

Retrocedamos pero para regresar con más fuerza, más datos. Virgilio Filippo (1896-1969) empieza a arrojar por medio de los micrófonos de Radio Sarmiento de Buenos Aires la preocupación de su Iglesia Católica acerca de la trágica situación que se vivía en el plano internacional, y de la que Argentina, siempre lejana a todo, debía sentirse preocupada. A ello la impelía el prelado. El libro Habla el Padre Filippo tiene 352 páginas de fobias, de paranoia, de antisemitismo, de nacionalismo ramplón, pero altamente peligroso. Al cabo, el nacionalismo suele ser ramplón, soez (ésta es la palabra: soez) y cuando se centra en esta modalidad expresiva más peligroso se torna. Filippo encuentra de inmediato el mal que el mundo padece. Es el comunismo. Escribe el periodista y escritor Germán Ferrari: "Son elocuentes las menciones a 'el judío Lenín' (páginas 8, 23), 'el judío Marx' (55, 255, 279, 296, 344), 'el judío Sigmund Freud' (16), 'la España Roja' (123, 144, 208, 222), 'la infame Revolución Francesa' (23), 'la inquina roja argentina' (102). Desde su catolicismo, Filippo embiste contra las bases ideológicas del sistema soviético, con una mezcla de datos irrefutables y contundentes, y visiones apocalípticas e intencionadas. Cuestiona el 'totalitarismo destructor', los 'asesinatos en masa llamados depuraciones', los ataques hacia la familia, pero no hace ni una sola mención del nazismo y el fascismo. Ni Hitler ni Mussolini son nombrados en sus discursos radiales. Franco es elogiado en un breve párrafo referido a la defensa de la religión" (Germán Ferrari, "Habla el padre Filippo", Todo es Historia, N° 451, Buenos Aires, 2005.). Sigue Ferrari (que es uno de los pocos en preocuparse de este siniestro personaje que, se sepa o no, fue asesor espiritual de Eva Perón y, a partir de 1946, como ha sido dicho, Adjunto Eclesiástico a la Presidencia de la Nación, nombrado por el general de las infinitas y con frecuencia agobiantes contradicciones): "Filippo es un pionero en usar la radio con fines político-religiosos: a partir de 1935 publica Conferencias radiotelefónicas, El reinado de Satanás, Sistemas genialmente antisociales y El monstruo Comunista. Pero, ¿es un simple propagandista más del nacionalismo católico? Autor de más de treinta libros, folletos, traducciones y hasta piezas musicales, este presbítero -párroco de Villa Devoto y de Belgrano- es uno de los primeros integrantes del clero en expresar sus simpatías por Juan Domingo Perón, cuando el militar aún era un ascendente miembro de la dictadura que triunfó en 1943. Con la victoria electoral de la fórmula Perón-Quijano, esa adhesión incondicional es premiada y en 1948 se incorpora a la Cámara de Diputados por un período de cuatro años. En otro de sus libros, El Plan Quinquenal de Perón y el comunismo (1948), Filippo reafirma su compromiso con el ideario justicialista, al que considera seguidor de la doctrina social cristiana, y aprovecha para profundizar su predicación anticomunista" (Ferrari, Ibid.).

El libro en que el cruzado anticomunista y, a la vez, ferviente justicialista y asesor espiritual de profesión, la emprende contra el comunismo es: *El Plan Quinquenal de Perón y* 

*el comunismo*. En la tapa vemos a un joven y viril Perón que enarbola una bandera argentina y pisotea el célebre "trapo rojo del comunismo". Hoy, el

libro es una fiesta. Pero no tanto lo es si se piensa que tuvo peso en su época y que en él abrevaron católicos como el doctor Ivanissevich, quien, en los setenta, cuando Isabel-López Rega lo nombran para que normalice las Universidades, el tipo se saca una fotografía blandiendo un pico con el cual destruye las paredes de la Facultad de Filosofía y Letras, que se erigía, en esos momentos, en la calle Córdoba. Ahí yo daba Historia del pensamiento latinoamericano, una materia subversiva pues apuntaba a ideas tan aberrantes como la unidad de América latina "contra el imperialismo". No, nada de eso. Asume Ottalagano, ese hombre que, según Mariano Grondona, en una nota de corte criminal que escribirá en 1974, es de "la estirpe de los Lacabanne y los López Rega". Lacabanne era el sanguinario jefe de la Triple A en Córdoba. Son los hombres de esa estirpe, "los que hacen la tarea", según la frase de Grondona, los que ahora, con Ottalagano, se ponen al frente de la Universidad. Ivanissevich es su efigie más pestilentemente anticomu-



nista, fascistoide, es colocado, por López Rega, al frente de la tarea. Se dispone a destruir el edificio de Filosofía y Letras con un pico. No creo que haya destruido mucho porque era un viejo decrépito y patético que apenas si podía mantenerse en pie. ¡Pero había asistido a Evita en sus últimos momentos! Imaginen la escena: el opa viejo, desvencijado pero fascista hasta el fin, fervoroso lector de Filippo, les dice a los fotógrafos: "Tomen la foto cuando yo pegue con el pico en la pared". Así salió nomás: destruyendo personalmente ese antro de perdición, ese antro anticristiano, esa cueva de criaturas del Anti-Critsto. A la noche, para colmo, da un discurso por Radio en cadena. Y se le caen gruesas lágrimas cuando pregunta: ";Es que no son hijos de madre cristiana estos muchachos?" Honestamente, poco pensábamos en nuestras madres cristianas cuando hacíamos lo que hacíamos. ¿En qué lenguaje venía a hablarnos este troglodita que apenas si podía balbucear alguna que otra huevada? ¿En qué lenguaje pretendía hablarles a los mili-



tantes de la JP? Horrible, patético, duro, desalentador para la imagen que teníamos del peronismo. ¿Esos tipos había tenido a su lado Eva Perón? ¿Este imbécil se había permitido la arrogancia trágica de curarla de su cáncer? Era cierto: el doctor Ivanissevich por ahí había envejecido mal. Pero se puede envejecer mal para el otro lado. Uno ha encontrado en su vida a muchos viejitos republicanos de la Guerra Cívil Española. Y eran mejores personas que Ivanissevich. Pero éste había envejecido para el lado del anticomunismo troglodita, era un macartista paleolítico. Dardo Cabo escribió en El Descamisado: "Los peronistas podemos perder millones de votos con el discurso del doctor Ivanissevich". También era una frase rara: en 1974, a los montos, no les importaban mucho los votos. No, los que perdimos fuimos nosotros. ¿Ésos habían sido los protagonistas del primer gobierno de Perón, nacional, popular y hasta revolucionario? Tendríamos que trabajar mucho sobre el movimiento y su sistema de ideas si había estado en manos de gente como Ivanissevich. Que, en gran medida, había aprendido del Padre Virgilio Filippo. Y aquí volvemos a él. Su opus magnum, con Perón en la tapa, de frente al futuro, bandera argentina en mano, y trapo rojo pisoteado, era la imagen consumada, lapidaria del panfleto anticomunista, del panfleto torpe, barato.

### "EL MONSTRUO COMUNISTA"

¿Por qué leerlo? Porque no se leyó en los setenta. Estos textos no se leían. Yo lo tenía guardado en algún rincón de mi biblioteca porque, desde 1969, me iba a la Librería Platero, que no está más, de la calle Talcahuano, el tipo me dejaba bajar al sótano y ahí encontraba estas joyas. "Y bueno -decíamos encogiéndonos de hombros-, eran las contradicciones del peronismo. Perón juntaba todo pero lo unía por vía de conducción." ¡Por vía de conducción! Qué frase: Perón había acostumbrado a medio país a ceer en ella. Porque estaba en Madrid y manejaba todos los hilos. Bien, a meternos un poco con Filippo. Y no crean que me estoy rajando de Eva Perón. No, Filippo dio la última misa antes de su muerte. La dio a pocos metros de su lecho de muerte. En la calle. Ante miles de dolorosos morochos peronistas que sufrían la muerte de Eva Duerte, que era, para ellos, una tragedia. Y que era, para Perón, un hecho político.

El libro está dedicado al "señor Ministro de Guerra, Gral. D. Humberto Sosa Molina". Y también "a los jefes y oficiales de las fuerzas armadas de la Nación Argentina que (...) arbólanlos ideales de nuestra gloriosa tradición, contra las ideas exóticas" (Virgilio Filippo, El Plan Quinquenal de Perón y los comunistas, Editorial Lista Blanca, Buenos Aires, 1948, p. 5). ¡Lo de los "infiltrados" venía de lejos! La idea del "infiltramiento" que Perón maneja contra la JP es una idea tradicional de la derecha. La derecha, al ser la dueña de la patria, considerará "infiltrados", gente de "ideas exóticas", a los que se aparezcan con algo distinto a lo consagrado por el poder de un país. La tradición castiga. La tradición señala a los traidores. La tradición denuncia a los infiltrados. Los denuncia porque traen "ideas exóticas", y si estas ideas son tales es porque no son las de la tradición. ¿Cuál era la "tradición" de Filippo? Había tenido, desde joven, diversos y godzillianos enemigos. (Nota: Sí, el adjetivo godzilliano responde al monstruo Godzilla, un invento de los japoneses que veían en él a derivado mutante de las bombas de Hiroshima y Nagasaki. De aquí el dulce placer de venganza con que ellos han de haber visto el film norteamericano, el más perfecto, y el más caro, y el más expectacular de la serie, como una secreta venganza, una autovenganza que los propios yankis se infligían. De hecho, poco tiempo después, y a raíz de los atentados a las Twin Towers, al ver correr a los ciudadanos de Nueva York, los aplicados cinéfilos, que nos vemos todos estos engendros norteamericanos, gritáramos: "¡Mírenlos, corren igual que cuando Godzilla se los quiere morfar!" Así era.) En 1936, Filippo da una serie de conferencias radiales tituladas, no sin cierta moderación o sutileza, El reinado de Satanás. En 1938, publica un libro, y no creo que a favor, que se titula Los judíos, y que tiene sus buenas 210 páginas. En 1938, cuando la Unión Soviética se preparaba para el Pacto Molotov-Ribbentrop (esa pestilente canallada de Stalin: la de Ribbentrop va de suyo) Virgilio, el Cruzado, escribe El monstruo Comunista. Y, en efecto, en 1948, publica El Plan Quinquenal de Perón y los comunistas, del que se agotan cinco ediciones que suman 26.000 ejemplares. Esto, insistamos, en la Argentina de 1948. Imaginen si no es para pensar que alguna influencia habrán tenido sobre las cabezas abiertas a las ideas generosas, a los sentimientos puros, no alimentados por el odio, como los del doctor Ivanissevich.

Como habrán imaginado, uno no se lee, por cuidarse la salud, 335 páginas de este energúmeno, pero hay un apartado exquisito. Filippo trata de demostrar cómo el comunismo se infiltra en todas partes. ¡También en Hollywood! Pareciera raro imaginar a semejante prelado meterse en ese ámbito de estrellas voluptuosas, galanes viriles y fiestas bullangueras, pecaminosas, apologías del triunfo de la carne sobre el espíritu, aquelarres indómitos. Pero aquí está Virgilio, cricifijo en mano, dispuesto a separar la paja del trigo. Lo único que hace el prelado es trasmitir, de segunda mano, algunas de las noticias que el macar-

tismo hace correr por el mundo durante esos días. Cita al actor Adolph Menjou: "Hollywood es uno de los principales centros de la difusión comunista en Estados Unidos" (*La Razón*, 16 de mayo del cuarenta y siete. Filippo, *ob. cit.*, p. 105). Menjou era una perfecta basura. Un tipo que denunció a montones de colegas. Y hasta dijo que reconocía a los comunistas "por el olor"

Virtud que Virgilio no reclama para sí. Por último (el tema es encantador por su idiotez, por su bobada inexpresable, invencible), Virgilio cita un hecho patético y divertido de la industria de Hollywood en su aspecto más miserable. En plena guerra, Estados Unidos, para llevar a su plenitud sus buenas relaciones con la Unión Soviética, su aliado (¡oh, señores de la Unión Democrática, vean los peligros del aliadofismo!), deciden hacer una película que exprese la bella espiritualidad del pueblo ruso, al que los alemanes han invadido en 1941, y que se encuentra, en esos momentos, librando feroces combates contra las fuerzas de Hitler. La película (esto es importante) intenta ser para la Unión Soviética lo que Rosa de abolengo (Mrs. Miniver, con Greer Garson y Walter Pidgeon, dirigida nada menos que por William Wyler y de 1942) fue para Gran Bretaña, que, por ese entonces, encarnaba tanto el Bien como los soviéticos, hasta tal punto éstos eran bendecidos por Hollywood. Se hace la película. Y el galán Robert Taylor interpreta a un director de orquesta que viaja a Rusia para dirigir la parte orquestal (¿de qué?) del Concierto Nº 1 para piano y orquesta de Tchaikovsky, adorado en ese entonces (siempre, en verdad) por los aficionados a la música clásica y muy accesible a los grandes públicos. O sea, si tú tienes en tu oreja un habano y te escuchas el Nº 1 de Tchaikovsky y, aun de ese modo, sigue sin gustarte la música clásica es que estás muerto. Llega Robert Taylor y empieza a trabajar con la orquesta. Falta el solista, el encargado de la muy complicada parte del piano. El solista es... una solista. Y muy bonita. Sí, todo es previsible. El director y la brillante pianista se enamoran. Pero se desatan las sombras de la guerra. La película se llamó en inglés Song of Russia, pero en la Argentina se conoció bajo el más expresivo título de Sombras sobre la nieve. (Ya termino con esta pavada, no se preocupen.) Las sombras de la guerra se expresan en la invasión alemana a territorio soviético. El director y la joven pianista rusa (que es una actriz que responde al muy eslavo nombre de Susan Peters) se angustian mucho. Pero alguien ocupa toda la pantalla. El solo ante un micrófono les hablará a todos los que habitan la Santa Tierra Rusa, esa madrecita que a todos contiene. ¿Quién es este señor? ¡Stalin! Aparece Stalin en esta pelícua yanqui de 1943 y se lo ve como a un campesino bueno que anuncia a su pueblo la llegada del invasor nazi y le pide sacrificios para luchar contra él. En 1950, en pleno macartismo, el senador McCarthy acusa a la Metro Goldwyn Mayer, productora de la película, y al actor Robert Taylor de rojos, inmundos rojos. ¡Pero si los rusos eran nuestros aliados cuando la hicimos!, reclaman con justicia los perjudicados. Nada, persecución, difamación, enemigos de la libertad y la democracia americanas. El actor Robert Taylor se salva porque delata hasta a su perrito. Prácticamente, no hay en Hollywood alguien que no sea comunista, menos él. El padrecito Virgilio se enfurece contra Sombras sobre la nieve y la denuncia también como la infiltración del comunismo en Estados Unidos. Y escribe: "Los libretistas son en gran número comunistas infiltrados. El partido comunista domina absolutamente la Unión de escritores cinematográficos" (Virgilio Filippo, El Plan Quinquenal de Perón y el comunismo, Lista Blanca, Buenos Aires, 1948, p. 106). Todo esto sería por completo insustancial si Filippo no hubiera sido quien fue. Durante los días finales de Eva Perón su figura ocupa un lugar altamente protagónico. ¿Cuántos curas, curitas, tipos humildes, no cavernícolas, habrían rezado, junto a los obreros, junto a los humildes, por quien, en efecto, tanto los amó? Sin embargo, ahí, al frente, estaba Virgilio Filippo, fascista, falangista, nazi, macartista, enemigo de Satanás y de todas las formas que éste asumiera sobre la Tierra. Hasta enemigo de la Metro Goldwyn Mayer, a la que consideraría un Imperio de judíos. Escribe Marysa Navarro: "El 20 de julio, la CGT patrocinó una misa de campaña en la avenida 9 de Julio. A pesar de la lluvia fría que caía ese día, millares de personas se arrodillaron frente al altar erigido al pie del Obelisco para rezar por la salud de Evita y seguir la misa que oficiaba el diputado peronista padre Virgilio Filippo" (Marysa Navarro, Evita, Planeta, 1994, p. 314). A metros de Filippo, por micrófono, nada menos que Hernán Benítez, uno de los seres más cercanos a la santidad que hayan podido existir, hablaba del sufrimiento de los hogares obreros, porque era ahí, en ellos, donde agonizaba Evita, que ella, decía, amaba a los obreros porque no les importaba la lucha por el dinero, por la abundancia, que no adoptaban los vicios "de aquellos a quienes la vida no les ha enseñado la lección de la sobriedad, del ahorro y del sacrificio" (Marysa Navarro, *Ibid.*, p. 314).

### **INTRODUCCIÓN A "MI MENSAJE"**

También del *Plan de Operaciones* de Moreno se ha dicho que es falso. Que no lo escribió el exaltado, el jacobino que estaba al frente de la Junta de Mayo. *Si el texto de Moreno es falso, si el* 

Mayo se queda sin voz. Probablemente sea más sencillo no atribuirle el Plan de Operaciones a Moreno que no atribuirle Mi mensaje a Evita. Se sabe: La representación de los hacendados, por el tono, por las ideas, poco o muy poco tiene que ver con el Plan. Para encontrar simetrías entre el Plan y otros textos morenianos hay que remitirse a las Instrucciones a Castelli o, no a textos, sino a órdenes, a decisiones extremas: el fusilamiento de Liniers en Cabeza de Tigre. "La junta –escribe José Luis Busaniche- derramaba así la primera sangre de hermanos en el Río de la Plata y la primera víctima era el héroe de la Reconquista y de la Defensa" (Busaniche, Ibid., p. 309). Durante estos días ha sucedido un hecho editorial inesperado y altamente positivo. La Editorial Peña Lillo y Ediciones Continente han reeditado el libro de un hombre simple, de bajo perfil, un negado, un silenciado, el anti-Halperin Donghi, un historiador formidable que pagó muy cara su adhesión al peronismo, a un peronismo alejado del militarismo montonerista y del fascismo y de la burocracia del sindicalismo y del partido: fue silenciado por la dictadura y luego por la academia que se constituye bajo el alfonsinismo y cuyo poder, su sombra, todavía llega hasta el presente. Es Salvador Ferla. Autor de dos libros notables, suficientes para asegurar su presencia entre los mejores historiadores argentinos, que dan solidez a su obra: Historia argentina con drama y humor (cuya edición corrió a cargo de Granica en 1974) y Mártires y verdugos, la insurrección de Valle y los veintisiete fusilamientos. La actual reedición -la del primero- es de 2007. Si todo se cumple, será presentada en la Feria del Libro de este año y se me pidió que actuara de presentador. Que la presentara, en suma. Tengo una deuda con Ferla. Cuando murió no escribí nada sobre él. Yo tenía mi columna en *Humor* v era bastante leído. Habría podido hacer un gesto que rescatara su muerte del anonimato. No lo hice. Acaso me enteré tarde, o por otra causa. No recuerdo. Recuerdo, sí, que alguien que me detesta, y con quien, lejos de tener ese sentimiento, me gustaría reunirme, tomar ese café que tomamos los porteños para dialogar como amigos y buscar las razones de tanta bronca, me lo reprochó duramente desde la revista Unidos. El texto decía que nadie se había ocupado de escribir sobre la muerte de Ferla, "ni los humoristas". Eso era para mí. Porque escribía en Humor. Uno no sabe por qué algunas personas le tienen tanta bronca. Me refiero a Arturo Armada, que fue el director de Envido. Cierto es que nos peleamos en 1973. Pero estamos ligados, nada menos, que por los años juveniles y la militancia de esos años, embellecida sin duda porque ocurrió en esa etapa: cuando éramos jóvenes. Como fuere, Ferla está entre nosotros. Y se acerca mucho a Busaniche: él también es duro con Moreno, él también detesta el asesinato de Liniers y el capítulo primero de Filosofía y Nación le debe algunos tópicos importantes. Y cuando digo eso no estoy diciendo otra cosa. Digo: importantes. Espero saldar mi deuda con Ferla, que me pesa, presentando esta nueva edición de su libro, que lo rescata del olvido y que llevara a que lo lean los que hoy, todavía, leen libros. No pocos, después de todo.) No hay un libro que respalde el Plan. Pero están las feroces instrucciones que Moreno da a su amigo, también jacobino, Juan José Castelli, protagonista excluyente de la novela de Andrés Rivera, La revolución es un sueño eterno. Busaniche, que no le tiene la menor simpatía a Moreno, como Ferla, cita al jefe de la Junta: "En la primera victoria que logre dejará que los soldados hagan estragos en los vencidos para infundir el terror en los enemigos" (Busaniche, Ibid., p. 309). Se centra Busaniche en el Decreto de Honores y escribe: "Pero lo verdaderamente grave, era que el Decreto de los Honores, de una acerbidad enfermiza, de una mordacidad extrema, produjo una profunda escisión en la opinión pública, y la parte más popular y numerosa, la que no vestía de fraque y levita, se inclinó hacia el lado de Saavedra" (Busaniche, Ibid., p. 315). No importa aquí Saavedra ni lo corto de luces ni la falta de grandeza o de coraje con que asumió ese respaldo de "la parte más popular y numerosa". Aquí nos importa señalar que el Plan de Operaciones está dentro del espíritu moreniano. Insisto: si no es de Moreno, ¿de quién es? ¿Quién si no

Moreno pudo escribir eso? ;Qué Plan tuvo el

texto de Moreno no es de Moreno, la Revolución de

movimiento de Mayo si el de Moreno es falso? No perdamos el tiempo. Como tampoco con el texto de Evita, Mi mensaje. Con ella, incluso, hay cantidad de textos con los cuales relacionarlo. Lo que terminó por recibir el título de Historia del peronismo y son las clases que Eva dictó en 1951 en la Escuela Superior Peronista, en tanto Perón dictaba las que darían forma a Conducción política, tienen casi todo lo que se encuentra en Mi mensaje: la pasión, el fanatismo, el odio a las jerarquías, eclesiáticas, a los militares, a la oligarquía. Lejos de La razón de mi vida, que empieza a gestarse por medio de la pluma de Manuel Penella Da Silva y que sirve a los gorilas periodísticos, como el buen Gambini o como Osiris Troiani, que forjó la Historia del peronismo que publica Primera Plana, esa revista que ha permanecido entre las glorias del periodismo argentino y que preparó, en complicidad con los militares, el golpe de Onganía (qué pena: unos señores tan cultos, tan educados, tan buenas plumas, corriendo, al final, detrás del culo del bruto de Onganía, ultracatólico, cursillista, que habría de consagrarle el país a la Virgen; víctima, esa inteligente muchachada, de su antiperonismo feroz, que advertía, y aquí aparece su lucidez, que el bueno de Illia no frenaba el pesadilleco regreso de Perón -que llevaría a la negrada otra vez a las cumbres del desprecio, y al insolente desparpajo-, sino que lo haría el bravuconazo de Onganía, de aquí que la intelligentzia se atara al carro militar: ser tan, pero tan gorila siempre termina teniendo su precio) que describen a un Penella Da Silva levéndole a Eva el manuscrito de La razón de mi vida y a ella húmeda de llanto en tanto exclama: "¡Así fue, así mismo!" Como si se embobara porque un ultraoceánico señor con denso acento español le escribiera páginas sentimentales ante las que su alma simple se rendía en lágrimas de radioteatro. Ni por asomo, señores.

### "YO NO ME DEJÉ ARRANCAR EL ALMA QUE TRAJE DE LA CALLE"

Eva había sido clara en sus clases sobre Historia del peronismo. Hay que buscar ahí la verosimilitud de Mi mensaje. En cuanto a la veracidad del texto valdrá con que diga que lo conocí de manos de Fermín Chávez, cuando lo fui a ver para que me ilustrara sobre algunos pasajes de la vida de Juan Duarte, que yo ignoraba, para el film Ay Juancito. Ahí estaban: 79 páginas y cada una llevaba la firma de Eva Perón. De modo que no perdamos más tiempo y metámonos en texto. Es Evita en estado puro. Lo escribe desde su cama de moribunda. Lo escribe cuando sabe que se muere. Que tal vez no tendrá tiempo de escribirlo. No lo escribe, lo dicta. Pues no le quedan fuerzas. Es el texto de una mujer que se muere y se va de este mundo sin dejar de decir nada. Con precisión, escribe Tomás Eloy Martínez (un notable escritor antiperonista, que llega a sus cimas cuando escribe sobre aquello que sitúa en sus antípodas, menos en Santa Evita, en la que cede, gozoso y fascinado, ante la grandeza del personaje) escribe: "El lenguaje escrito de Eva aparece allí (en Mi mensaje, JPF) por primera vez sin ningún encubrimiento. Hasta el modo de ver a Perón es otro en este libro. Perón aparece como un cóndor que vuela en soledad, tal como sucedía en La razón de mi vida, pero esta vez Evita, 'a pesar de mi pequeñez', decide acompañarlo (...) Eva se sitúa por primera vez en un plano superior: ella es la que cuida de Perón y del pueblo, ella es la que desenmascara a los enemigos, por primera vez reivindica su fanatismo (...) Hay una declaración incesante de rebeldía, de sublevación contra la injusticia. Y en ese campo, el pueblo aparece como valor supremo, por encima de Perón (...) En Mi mensaje no hay lugar para la representación, para el simulacro, para la confusión de papeles. Eva es ella misma, sin mediadores" (Tomás Eloy Martínez, "El libro secreto de Evita", Nº 328, revista Humor, octubre de 1992).

Mi mensaje se escribe ante la presencia de la muerte. La situación tiene algo de teatralidad shakespereana. La Muerte, en penumbras, espera. Le ha cedido, generosa, un tiempo a esa mujer para que se exprese por última vez. Pero las dos se ven y saben que comparten la misma habitación. Eva ve a la Muerte. Y la muerte espera por ella. Mi mensaje, según dije, fue dictado a un par de amanuenses, de escribientes, a un par de laboriosos Bartlebys que sí, que prefirieron hacerlo (Nota: Ver la

notable edición de *Bartleby*, *el escribiente* de Editorial Pre-textos, Valencia, 2005, con textos adicionales de Gilles Deleuze, Giorgio Agamben y José Luis Pardo). Se dictó entre marzo y junio de 1952. Eva pesaba 38 kilos.

"Durante las horas de mi enfermedad (...) tengo que escribir una vez más" (Eva Perón, Mi mensaje, Futuro, Buenos Aires, p. 31). ¿Por qué una vez más? Porque no ha escrito nunca. Pueden tomarse como textos sus clases en la Escuela Superior Peronista o sus discursos. Pero éste, Mi mensaje, es un texto escrito. Lo dicta porque sus fuerzas no le dan, pero, dictándolo, lo escribe. "No quiero recibir ya ningún elogio. Me tienen sin cuidado los odios y las alabanzas de los hombres que pertenecen a la raza de los explotadores (...) Quiero decirles la verdad que nunca fue dicha por nadie, porque nadie fue capaz de seguir la farsa como yo, para saber toda la verdad. Porque todos los que salieron del pueblo para recorrer mi camino no regresaron nunca. Se dejaron deslumbrar por la fantasía maravillosa de las alturas y se quedaron ahí para gozar de la mentira" (*Ibid.*, p. 32). No quiere recibir *nada* de los que pertenecen "a la raza de los explotadores". Sólo se ha hecho Cenicienta principesca para seguir la farsa, para conocer desde adentro la verdad de lo que ahora se prepara a denunciar. Y, con toda claridad, lúcidamente, pero sin referenciarse a ninguna Cenicienta, establece su diferencia con todas ellas. Todas las trepadoras (tal como las ve la célebre ópera-rock) se fueron para no volver. Cenicienta no regresará, no sólo a la casa en que la explotaban, sino al espacio existencial de los explotados, para ayudarlos. Esa frase, perdón por insistir en ella, es una joya, define por completo al personaje que tratamos: sabe que salió del pueblo, sabe que todos los que salen de ahí (desde las humildes niñas de los tangos hasta los políticos y, muy claramente, los sindicalistas) salen para no volver. En Eva hay un viaje de ida (ascenso) y un viaje de vuelta (retorno hacia la pobreza, para unirse al destino de quienes la sufren y ayudarlos). Ella no se queda en lo alto. Ahí se cumple la fantasía "maravillosa" del trepador. Ella no lo es. Quedarse en lo alto es "gozar de la mentira". Hay dos niveles en que la realidad (o el Ser) se escinde: está el arriba. Arriba hay fantasías. Hay maravillas. Las fantasías se realizan. Pero son vanas. No son auténticas. Son frágiles, de papel. "De una noche", como dice el tango. Y está el abajo. Abajo está la pobreza, el dolor de la escasez. O, por decirlo con la excepcional categoría de la Crítica de la razón dialéctica, abajo está la rareza. No hay para todos. Lo raro, entendido como escaso, como ausencia, como carencia (no alla Lacan), es, sin más, lo que no hay. Lo que constituye a los pobres en tanto víctimas de la rareza es que no hay para todos. El viaje de Evita "hacia abajo" tiene el sentido de emprender una lucha contra la rareza. Derrotarla: tiene que haber para todos. O, por lo menos, tiene que desaparecer la rareza. Aquello de lo que se carece debe ser posible. No es lo absolutamente raro, escaso. Es lo que aún no se tiene. Pero se tendrá. La posibilidad de su tenencia está abierta. El viaje de descenso de Eva cobra el sentido de una búsqueda de la plenitud para los otros. Es un viaje hacia los pobres y hacia la pobreza. Un viaje para derrotar la pobreza y para hacer de los pobres otra cosa. No hombres hundidos en el mundo de lo escaso. Tampoco habitantes del territorio de la abundancia. (Recordemos las palabras del padre Benítez: Eva ha enseñado "la lección de la sobriedad, del ahorro y del sacrificio".) Sino hombres pertenecientes al universo de la justicia social. Es la justicia social la que erradicará a la rareza. Ya no será raro tener una plancha, una heladera, una máquina de coser, una casa propia. La rareza retrocede. Hay una lucha: tanto retrocede la rareza como la justicia social avanza. Como parte de esa lucha Eva se constituye. Deja de ser una bastarda. Ahora es, definitivamente, lo que buscó ser. Ahora pertenece a los pobres y su fin es sacarlos de la pobreza. Para eso deberá ser parte de ellos. Eva encuentra el ser en el ser de los que quiere ayudar y, para hacerlo, se torna como ellos, se hace parte de ellos. Es como ellos. Si lo es, es porque no se dejó tentar por las alturas. Porque no se quedó ahí, maravillada, para gozar de la mentira. No: "Yo no me dejé arrancar el alma que traje de la calle (...) Por eso nunca me olvidé de las miserias de mi pueblo y pude ver sus grandezas" (Ibid., p. 33). Esta última frase es perfecta, tiene una precisión inusual. Discépolo la habría firmado.

## PRÓXIMO DOMINGO

# Sectarios y fanáticos